

## 800 cartas a un amor.

*Daniel Germán Manilla  
(Plantel 7 "Ezequiel A. Chávez")*

La tarde estaba soleada, perfecta para un evento así, pensaba Suleika, mientras caminaba hacia la casa de su amiga Rosario, quien había planeado una fiesta con motivo de su cumpleaños número 20.

-Después de tanto tiempo, salir de casa no me viene nada mal –se decía ella misma–, bueno, después de todo ya me hace falta convivir con alguien más que no sean mis perros.

La calle era larga, justo al final se encontraba la casa grande, de un color naranja y tenía muchas ventanas de un estilo colonial. Y cuando al fin entró en ella, al ver tanta gente sintió unas ganas enormes de irse, tomó sus cosas, dio una media vuelta hacia la puerta; pero justamente al momento de salir chocó con una persona, ella sin voltear si quiera, a ver con quién se había cruzado salió corriendo muerta de pena.

-Soy una tonta... ¡Jamás debí haber venido! Exclamó. Y mientras esa idea daba vueltas por su cabeza, sintió una mano que la detenía por el brazo.

-¡Espera! Se te calló esto. Poniéndole en las manos un pequeño pastillero color rosa con flores.

-¡Gracias! Respondió con la cabeza agachada, y un solo pensamiento en ella, irse lo más pronto de ahí.

-¿Cuál es tu nombre? Si se puede saber.

-¿Para qué quieres saberlo? Finge que no existo, no soy nadie, y, además, no creo que quieras volver a verme.

-¿Cómo puedes decir eso? Claro que existes, jamás olvidaría una carita como la tuya.

-Ya te dije, finge que no existo. Como todos lo hacen, le dijo con la mirada baja.

-Sabes, la existencia se caracteriza por eso mismo, porque existe, por ser siempre “la de uno”, no puedes ni podrás ser la existencia de otro, porque siempre existirás en ti misma, y es eso justamente lo que nos hace únicos, existenciales y magníficos.

Y mientras él seguía su argumentación, ella lo miraba fascinada.

-Suleika. – Le dijo ella.

-¡Perdón!

-Suleika, me llamo Suleika.

-Hola, mucho gusto Suleika. Mi nombre es Dante. ¿Ya te vas? ¿Por qué no te quedas?

-No gracias. Prefiero irme a mi casa, es lo mejor. Aun no acababa de pronunciar toda su idea, tomó sus cosas de nuevo, y se fue corriendo en dirección a su casa, sin darle oportunidad a Dante de decir algo más.

-¡Espera, no te vayas! Gritó Dante. Mientras veía como aquella chica huía.

Esa noche, ninguno de los dos podía dejar de pensar en lo que había sucedido, y lo extraño que fue aquel primer encuentro.

Días después volvieron a encontrarse, ella parecía menos alterada y él tenía toda la intención de no dejarla ir, antes de saber quién era. Y así fue como todo comenzó. Tuvieron muchas más citas después, aprendieron a conocer al otro y conocerse a sí mismos, porque la existencia es un mero hallarse, en cada momento, es “lo que puede ser”, es lo que nos da un lugar en el durar. Poco a poco fueron enamorándose uno del otro, hasta que llegó el día en que fueron novios.

No tenían muchas cosas en común: sus edades eran distintas, sus maneras de caminar eran muy diferentes, y ni hablar de las estaturas; sus pensamientos como polos opuestos, él dueño de sí mismo y ella, una insegura. Pero parecía como si sus manos estuvieran hechas justamente para encajar la una con la otra, con los dedos entrelazados mirando la misma dirección y eso, eso era amor.

Cada noche desde que se conocieron, Suleika le escribía una carta a Dante, que nunca era enviada.

Un día fueron a un parque, iban tomados de la mano, jugueteando, como amigos, como novios, como un todo, él la abrazaba tan fuerte que la hacía sentir tan segura, sin temor a nada, mientras caminaban vieron una banca y se sentaron.

Suleika sentada miraba el horizonte, lo miraba fijamente, observaba a las personas pasar, todas muy distintas.

-Todos somos tan distintos, tan diferentes, pero eso mismo es lo que nos hace únicos, este modo propio de “ser” en el mundo. Y es que el mundo se compone

de útiles, o sea ser “algo para...”, si no somos útiles, no servimos; cada persona tiene su sitio y una razón por la cual está ahí, pensaba ella.

Pensaba también en lo afortunada que era en haber encontrado un hombre como Dante, una persona a la cual amar, una persona a quien puedes entregarle todo sin miedo a salir lastimada. Y mientras ella seguía pensando, él la miraba de una manera única, sólo la miraba sin decir nada más, veía sus ojos, su sonrisa, su color de piel, su cara, su cabello, en fin, toda ella.

-¿Qué piensas amor? Dijo Dante.

-¡En lo feliz que soy! En lo feliz que me haces, ahora sé que es estar bien; después de todo lo que he pasado. Ahora puedo decir “estoy bien” y sentirme así en realidad.

-¿Puedo preguntar algo?

-Sí, por supuesto. ¿Qué pasa?- exclamó Suleika con inquietud.

-¿Por qué no eres como las demás? Desde que te conozco nunca me has juzgado por la forma de ser que tengo, por cómo me visto, lo que hago o dejo de hacer, por mi falta de modales, por ser como un niño, por impuntual y otros detalles, ¿Por qué?

-¿Por qué?- le dijo mirándolo a los ojos fijamente- Porque te quiero, yo te acepto como eres, fue eso precisamente lo que me enamoró de ti, el hecho de que nunca tuviste miedo de ser tú mismo conmigo, no pusiste máscaras y mucho menos trataste de impresionarme. Simplemente fuiste tú mismo. ¿Por qué intentaría cambiarte? Cada persona tiene una esencia, así es y siempre será de esa forma, tratar de cambiar a alguien por lo que es, sería como aniquilar esta parte de él mismo.

¿Las personas que hacen esto son estimables? Claro que no.

Y cuando ella terminó de hablarle, la tompó de las mejillas y mirándola a los ojos le plantó un beso y dijo algo que ella nunca olvidaría. Él dijo: ¡TE AMO!

Y como cada noche, ella le escribía una nueva carta.

Paso el tiempo, y las cosas comenzaban a complicarse. Cada vez era más difícil que se vieran, por que él comenzaba una nueva etapa en la universidad, se veían menos, hablaban menos, hasta que decidieron verse y hablar de lo que ocurría con su relación, hasta que no quedó más que terminar, diciendo como despedida un último ¡Te amo!

Esa noche fue larga; esa noche no hubo carta que escribir.

Un mes después de haber terminado se sintieron listos para verse, como buenos amigos. Ambos estaban tan emocionados con el simple hecho de verse. Todo fue perfecto. Fue como si no hubiese pasado un solo día desde que se dejaron; se podía notar que la magia seguía ahí, el amor que en algún momento habían sentido el uno por el otro seguía vivo a pesar de todo, intacto, sutil, fuerte, sincero.

Estaban a punto de despedirse, pero sus cuerpos quedaron frente a frente, sus labios a pocos centímetros, podían sentir su propia respiración, el palpitar de dos corazones que están hechos el uno para el otro, sus ojos diciendo más que mil palabras, y en el silencio surgió un beso. El amor que sentían fue más fuerte que cualquier otra cosa. Existía algo mejor que amor entre ellos, existía una complicidad.

A partir de ese día nuevas cartas se empezaron a escribir para el amado, Dante.

Había días buenos y días no tan buenos, pero cada vez que trataban de acabar con aquello que siempre los unía y hacía felices, justo en ese momento, sus almas se conectaban con una mirada que les hacía olvidar todo. Sólo quedaba una sonrisa y la promesa de amarse.

Uno día Dante decidió llevar a Suleika a su casa, llegaron a su cuarto, para entregarse uno al otro en cuerpo y alma. Pasaron un tiempo sin decir nada tan solo sus miradas, al sentirse juntos se llenaban de libertad, y era esa misma libertad lo que los hacía explotar de emociones.

Hermosas cartas para Dante fueron hechos a partir de aquel día.

El día de la graduación de Dante había una pequeña reunión en casa de Rosario que era solo para amigos, se dirigían para allá, tomaron sus cosas y se subieron a su auto. En el camino iban cantando unas canciones de "Janis Joplin" "The Doors" "The Beatles" "Hendrix", tan emocionados estaban que no se percataron de que se pasaron el alto, una luz blanca se acercaba a ellos cada vez más, y, como en película, antes de ser impactados se tomaron de la mano y susurraron un ¡Te amo! Aquel día Dante le había pedido matrimonio a Suleika.

Ella despertó dos días después en un hospital.

-¿Cómo te sientes?- dijo uno de los doctores.

-¡Dante! ¿Cómo esta Dante? ¿Dónde está? ¿Está bien? ¿Puedo hablar con él?  
¿Por qué me mira de esa manera? ¿Dónde está Dante?

-¿Dante?

-¡Si, Dante! Mi prometido. ¿Dónde está?

-Señorita, lamento decirle que usted venía sola en el auto. No había nadie con usted, estaba completamente sola.

-¿Qué estupideces está diciendo? Dígame por favor dónde está Dante.

-Lo que le digo es verdad señorita, usted viajaba sola. Llevaba consigo estas cartas pero nada más, si hubiese habido alguien con usted, lo sabríamos. Pero venía completamente sola.

-¡No puede ser!

Rosario, que se encontraba ahí, intentó explicarle que no conocía a ningún Dante que hubiera ido aquel día a su fiesta, y que aquél día ella sólo había permanecido en su casa cinco minutos marchándose sin decir nada más.

El doctor salió inmediatamente del cuarto y se dispuso hablar con un psiquiatra del hospital. Pronto fue atendida Suleika e internada en un manicomio, permitiéndole conservar sus cartas escritas a Dante.

Aun recuerdo esa imagen, la de Suleika sentada en una silla de madera, viendo la ventana que daba para la calle desde el manicomio esperando la llegada de Dante.

¿Lo que estamos viviendo es real? ¿O sólo un producto de nuestra mente?  
¿Existe? ¿Si realmente existe como podremos saberlo? ¿Lo que no es, puede ser?

Si el no-ser no existe, se vuelve impensable, no podemos pensar algo que no existe. Pero si lo pensamos,¿ entonces está existiendo?

Lo que se piensa existe, por lo tanto no puede no ser. Porque una cosa “es en sí”, o sea que subsiste, que existe y no solamente para nosotros. Pero, un acto trascendente es aquel que no sólo se desempeña en la conciencia, como el pensar, si no que rebasa a la conciencia y lo enlaza con aquello que subsiste como el conocimiento.

Y el conocimiento forma un mundo que es para cada persona el único mundo, su propio mundo y no hay nada fuera de él; una cosa que estuviera mas allá de este mundo sería lo inaccesible, lo indeterminable, vendría siendo lo mismo que la nada. Por ello lo que es “en sí” no necesita de demostración alguna.

Dante existió, Dante existe, pero en la mente de su amada Suleika.  
Quien, cada noche, le escribe una nueva carta.

